

JUVENTUD

Año I.

Madrid 20 de Octubre de 1901.

Núm. 3.

BUENA NUEVA

El gran problema español actual es el de *nivelarnos* con Europa. Y este problema encierra otros tres, de los cuales interesa sobremanera el de la renovación del ambiente intelectual en nuestro país. Es el fin que vinieron y vienen á llenar las instituciones de los Colegios universitarios, costeando carrera y título á los becarios y posesionándolos además para que hagan un viaje científico al extranjero, con la mira de levantar por este medio el nivel intelectual del país, de promover en él los adelantos científicos, y en una palabra, de europeizarlo. Es, en pequeño, lo que hizo en grande el Japón después de 1860 para convertirse, como se ha convertido, en una gran potencia; lo que hizo Francia después de 1870 para redimirse, como se ha redimido, de su caída; lo que España tendrá que hacer si de veras quiere rescatar el tiempo perdido y librarse de desaparecer. No fué otro el espíritu de los fundadores de estos importantes institutos, al proponerse con ellos «proveer de hombres útiles á la Iglesia y al Estado». Sólo de uno de esos colegios, el llamado Viejo ó de San Bartolomé, se calcula que salieron siete cardenales, cien arzobispos y obispos, seis padres del Concilio de Trento, once gobernadores del reino, cuatro consejeros de Estado, diez presidentes de Castilla, veinticuatro presidentes de Italia, Indias, Ordenes, Hacienda y Cruzada, diez y ocho embajadores, otros diez y ocho capitanes generales y treinta y seis escritores.

Imaginad ahora que el Estado funda un colegio como ése en Berlín, y otro en París, y otro en Oxford, y otro en Harvard ó New York, como los tenemos en Roma y en Bolonia; que los confía á la dirección de pedagogos serios y bien orientados; que se manda á ellos una docena de docenas de becarios todos los años, y que cada década expide de vuelta á España diez grandes químicos, y cien pedagogos sobresalientes, y seis hacendistas, once

industriales, cincuenta agrónomos, cuatro epigrafistas y filólogos, seis historiadores, quince físicos y mecánicos, veintisiete ingenieros, arquitectos, matemáticos, artilleros y constructores navales, diez y ocho histólogos, médicos y naturalistas, treinta y seis jurisconsultos, filósofos, teólogos y economistas—para las Universidades, para los Seminarios, para las Escuelas Normales y especiales, para la gobernación, para las diócesis, para el Parlamento, para las explotaciones agrícolas, para las minas, para las fundiciones, para las manufacturas, para los ferrocarriles, para las maestranzas, para el libro y el periódico, para la Administración pública, para el ejército—, que inventan, que agitan, que propagan, que organizan empresas, que atraen capitales á la luz, que jubilan todo lo rezagado, que ponen en fermentación la masa infundiéndole un espíritu nuevo, que transforman los servicios públicos, que disputan su puesto á esos dos mil extranjeros que monopolizan ahora los sueldos más pingües del país y le dan aspecto de colonia... Imaginad que esto se hace; y España habrá revivido, se habrá reintegrado á Europa, sin haber dejado de ser España, y antes bien siendo más España de lo que ahora lo es, y más sobre todo de lo que lo será sin eso dentro de diez, dentro de veinte años.

JOAQUÍN COSTA



CORAZÓN DE NIÑA

(Memorias del Marqués de Bradomin.)

En el silencio se oía el rumor lejano de la fuente, que en el fondo del laberinto cantaba con su voz de cristal. La luna llegaba hasta el centro del salón y marcaba algo, camino de luz, como la estela de un fantasma. Nosotros paseábamos en silencio. Concha se apoyaba en mi brazo. En medio del recogimiento sonaron pasos lentos y cansados. Entró Candelaria, la antigua doncella de mi tía Agueda. Traía una lámpara encendida, y Concha exclamó como si despertase de un sueño:

—¡Ay! llévate esa luz.

—¿Pero van á estar á oscuras? Miren que es malo tomar la luna.

Concha preguntó sonriendo:

—¿Por qué es malo, Candelaria?

La vieja repuso, bajando la voz:

—Bien lo sabe, señorita..... ¡Por las brujas!

Y Candelaria se alejó con la lámpara, haciendo muchas veces la señal de la cruz. Seguimos nuestro paseo silencioso. Un reloj de cuco, que acordaba el tiempo del fundador, dió las siete. Concha murmuró:

—¡Qué temprano anochece! ¡Las siete todavía!

—Es el invierno que llega.

—¿Tú, cuándo tienes que irte?

—¿Yo? Cuando tú me dejes.

Concha suspiró:

—¡Ay! Cuando yo te deje! ¡No te dejaría nunca!

Fuimos á sentarnos en un canapé. Desde allí veíamos el jardín iluminado por la luna, y los cipreses mustios, destacándose en el

azul litúrgico, coronado de estrellas, y una fuente negra con aguas de plata. Concha me dijo:

—¿No oyes?

Los mirlos que cuidaba D. Benito, el capellán, silbaban una vieja «riveirana» prisioneros en su jaula de cañas colgada sobre la puerta del salón. En el silencio de la noche, aquel ritmo alegre y campesino evocaba el recuerdo de las felices danzas célticas. Concha empezó también á cantar. Su voz era dulce como una caricia. Se levantó y anduvo vagando por la galería. Allá en el fondo, toda blanca en el reflejo de la luna, comenzó á bailar uno de esos pasos de égloga alegres y pastoriles. Pronto se detuvo suspirando.

—¡Ay, cómo me canso!

Yo acudí á sostenerla. Cruzó las manos sobre mis hombros, reclinando la mejilla. Recuerdo que me asusté un poco al oír los latidos de su corazón. Ella me dijo:

—Los médicos me han prohibido bailar. ¡Dicen que es muy dañoso!.....

—¿Quién sabe lo que es dañoso!

—Yo únicamente cuando bailo siento que tengo corazón..... ¿Y eso nos pasa á todos?.....

—No Concha. Hay quien baila y tampoco se entera.

Era tan encantadora su ingenuidad, que hoy casi tengo remordimientos por haberla desengañado. Fué una crueldad decírselo. Me miró con sus bellos ojos de enferma y sonrió tristemente. Sin embargo, sospecho que no me creyó y eso me consuela.

R. DEL VALLE-INCLÁN



COMO SOMOS

(FRAGMENTO)

«¿Que cuál es la nota distintiva de nuestro carácter, modo de ser, conducta...?» Diré á usted... es... ó mejor, *son*, porque ahora que me hago cargo, me parece que son dos; no lo aseguro, sin embargo, pues puede que sean más. Pero, en fin, por el momento, no me fijo más que en dos.

»En primer lugar, somos, en general, muy poco serios. Y cuidado con no confundir la *seriedad* con la *sosera*. Una cosa es ser serio á la manera de un colchón, que se cae de serio, y otra es ser serio por saber tomar las cosas en *ídem* y de frente, sin disimular, por miedo al ridículo y para, no aparecer, por ejemplo, pedante. Se puede ser todo lo divertido, alegre y hasta bullicioso que se quiera, y, sin embargo, ser muy serio por dentro, por donde importa, y tomar la vida tan seriamente como ella pide que se tome, ya que tiene tantas *cuestiones*—cuestiones ó problemas, que tal es la palabra, bien poco sugestiva por cierto, con que suelen designarse los dolores y misterios que en la misma existen.

»Si á los franceses les ha perdido alguna vez el cancán, á nosotros nos abruma el calañés, y nos matan á dulces las castañuelas. Aunque no creo que nos juzgaba con entera imparcialidad el yanqui M. Taylor, de quien nos habla D. Juan Valera en los *Ecos Argentinos*, al llamar á España el *país de la castañeta*, sin embargo, estimo que abusamos demasiado de esos ruidosos instrumentos. Y lo que es peor, que las tocan con harta maestría y redoblando de lo lindo, los que por altos motivos *decorativos* nos representan. ¡El flamenco y la falta de formalidad nos ponen intratables!

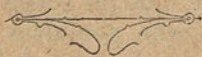
»En segundo lugar, somos también, en general, muy poco tra-

bajadores. Aquí se trabaja de ordinario poco, muy poco, y lo que se trabaja, por lo común, es sin método; se anda á salto de mata. El tipo del joven enamorado de una tarea, por amor al arte, con desinterés verdadero, es de lo más extraordinario que puede imaginarse. El que trabaja, lo hace casi siempre por salir del paso, cuando no por llamar la atención... y ganar un premio, si á mano viene. Nos faltan hábitos de trabajo continuo, ordenado, equilibrado é higiénico, de trabajo hondo, persistente... De ahí nuestro culto al general *No importa*, en todos los órdenes del saber y del hacer, y de ahí la admiración que aún despiertan el *bohémio* y el improvisador ó el que descubre algo, así como de una manera milagrosa.

»Por lo común se estima que los resultados obtenidos después de una labor preparatoria, larga y penosa, tienen menos mérito que los que se consiguen de repente, á fuerza de ingenio y de habilidad. El precoz es el ideal del hijo para muchos padres, y el que en un momento dado sale con una que asombre; el héroe del vulgo, aun del vulgo que no se tiene por tal, á causa de la ropa: esto es, gracias alastre.

»En suma: ser listo y distraído, burlarse picarescamente de lo que se pueda, hablar de las cosas más hondas de un modo superficial, y no calentarse los sesos demasiado, á lo menos no calentárselos de una manera continua, he ahí, en gran parte, el ideal de la mayoría de nuestro pueblo, ideal que sirve muy bien para caracterizarnos, y que, además, explica lo que somos y lo que valemos en el concierto general de los pueblos que toman en serio—sin necesidad de tomarla por lo trágico—la vida, y que encima de eso, trabajan mucho todos los días, de una manera constante, intensa y ordenada. Así se explica lo fragmentario é incompleto de nuestra cultura. ¿Cómo, en verdad, llevar hacia adelante, con el brío necesario, cosa tan compleja y tan difícil, que exige una atención tan general y un esfuerzo tan igual y persistente, como una civilización? Sería esto un milagro, muy de nuestro gusto, sin duda; pero un milagro al fin, de los que no se verifican bajo el régimen de las leyes naturales y humanas imperantes.»

ADOLFO POSADA



RECONCILIACIÓN

Por fin ha vuelto Ofelia. Hace cuatro ó cinco días que vivimos en medio de una paz octaviana, turbada sólo por algunos accesos de pasión, de vicio, para decírtelo de una vez.

La reconciliación ha sido completa, y eso que ninguno de los dos ha puesto mucho de su parte. El azar lo ha hecho todo. Tú sabes mejor que nadie cómo hace ya quince ó veinte días me atormentaba poco su recuerdo; su nombre no estaba ya en nuestras cartas, ¿verdad? Pues bien; ella ha venido á verme por casualidad; un día pasado en compañía de un señor muy rico, y que decía quererla mucho, la disgustó bruscamente de sus infidelidades para conmigo. Supongo que fué entre dos botellas de *Champagne* cuando mi recuerdo le recayó en la memoria, é ignoro las ventajas que yo he obtenido sobre ese señor en la comparación que ella estableció entre lo que veía y lo que quería ver.

El caso es que después de un mes escaso de separación, estamos otra vez juntos. Y que ella ha sido la que cumplió con la fórmula del desagravio.

¡Y de qué manera, mi querido Horacio!

Ya sabes tú que yo no la tuve nunca por inteligente. Y que sus delicadezas me extrañan, me sorprenden como las monadas de un gato. Sin embargo, nada más fino, ni más bonito que su entrada del otro día; te la contaré, ¿quieres?

Te has quejado tanto de mi silen-

cio, que mereces una carta muy larga, en castigo ó en premio.

Pues sí, yo no me acordaba de Ofelia. Sabía cuál vida llevaba lejos de mí, y no sólo no había querido caer en la esfera de atracción de su mundo, sino que insensiblemente y contra toda razón - porque en el fondo yo sabía que iba á volver - dejé de estar en casa á las horas en que ella venía á verme. Llegaba ella siempre al anochecer, y por una necesidad de su alma de mujer, venía á darme cuenta del empleo de su día y de los proyectos para su noche, que á veces era yo el llamado á modificar. Pues bien, yo no me quedaba ya á esa hora, y prefería un paseo cualquiera, la visita á un amigo, el aperitivo en cualquier café del Boulevard, al crepúsculo de mi cuarto, que yo creía conocer demasiado.

Y el sábado pasado, menos contento que otras veces, mi paseo habiendo sido más corto, volvía yo á casa aún antes de entrar la noche. Extrañóme no hallar la llave en el *bureau* del hotel; pero supuse que el criado la habría dejado olvidada en la cerradura, y subí.

Al entrar, de la penumbra espesa en el fondo del cuarto, una oleada de seda crujiente se abalanzó á mí, y unos labios frescos se pegaron á los míos en un beso que no tuve fuerzas para rechazar. Ofelia temblaba sobre mi pecho; temblaba con una alegría sumisa que corría desde su cabeza

hasta los pies de *Titi*, su perrillo faldero, agazapado detrás de ella.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué?—respondí, afectando una indiferencia absoluta. Yo preparaba una formal protesta de abdicación de mis derechos sobre ella; iba á decirle que no necesitaba mi perdón, puesto que ninguna obligación la ataba á mí. Que se había ido en uso de su perfecto albedrío.

—Por haber vuelto.

La respuesta dejaba sin efecto mi arenga, y no la dije. Un poco desconcertado, tomé el partido de callar.

—Estoy fatigado.—Y me dejé caer en un diván frente á ella. Estaba más bonita que nunca y más elegante.

—Si tardas en perdonarme voy á creer que me quieres mucho.

—Puedes creer lo que te parezca—la respondí—. Pero te aseguro que no tengo ganas de reñir... ni de perdonar.

Esto hube de añadirlo para evitar un segundo abrazo.

—Mira—me dijo ella entonces, tendiéndome una carta cuyo sobre estaba ya sellado.

—Saque el plieguecillo perfumado, y leí: «No. Adiós.»

—Y bien...—(Yo creí que se trataba de una comedia preparada para el caso.)

—Y bien... Esa carta la vas á poner tú mismo en el correo.

—Bah—la respondí—. El recurso es viejo. Y además, ¿qué me importa á mí eso?...

—Ahora vas á verlo.—Se levantó. Oprimió un timbre, y mi criado apareció en la puerta.

—Avísenos usted un coche, José.

Rodábamos en el crepúsculo de París. Esa hora de una languidez elegante en que el gran movimiento

de la ciudad se fatiga y se dulcifica. La gente cansada vuelve de su labor é invade las calles gozosa de respirar á gusto un aire más libre que el de los talleres y oficinas. La circulación es más grande que nunca, pero más lenta, sin fiebre, sin prisa. El sol se retira también dulcemente. Atravesamos el Sena... Después el otro gran río humano de los boulevares, en cuyas terrazas florecían ya las verdes copas de ajonjolí. El coche, rápidamente guiado á través de aquel maremágnum, cruzó la plaza de la Opera, penetró en el *quartier* de Europa, el barrio galante, y se detuvo ante una gran casa, la mejor de la rue d'Athene.

Durante toda la travesía, había ella guardado silencio y conservado en los labios aquella muequecilla de reina ofendida que tan bien le sentaba y que estuve tentado de borrar con un beso. Pero contento ya con observarla, hube de contenerme hasta ver en qué paraban tales resoluciones.

El crujir de nuestras pisadas en la escalera se apagó sobre muelles alfombras. Una puerta se cerró tras de nosotros sin ruido... De pronto, una luz rosa se derramó por toda la estancia, chorreando por los candelabros de plata, deteniéndose como el agua de un remanso sobre los cojines de terciopelo, estremeciéndose á lo largo en las colgaduras de seda.

Ella estaba de pie, en medio del riquísimo *boudoir*, como una diosa de hermosura y de elegancia. Se había quitado el sombrero, y las crenchas de su pelo negro caíanle hasta los ojos soñadores y prometedores.

—Espera.

Y desapareció un momento. Luego volvió diciendo:

—Estamos solos, solos; he despa-

chado á Jeannette. Ven, quiero que lo sepas todo, que lo veas todo..., por aquí.

Y llevándome de la mano como á un chiquillo, me hizo recorrer toda la casa. Aquello era un nido delicioso de seda y de oro. Un gusto exquisito, un gusto de París, con una fortuna de Nabab. No podría describirte lo que todo halagaba allí la vista, que un encanto voluptuoso lo envolvía todo.

Yo empezaba á adivinar vagamente la resolución de Ofelia. Y sentí que una inmensa ternura me llenaba el alma. Cuando ella se me acercó y me dijo muy bajito, al oído:

—Y ahora, ¿me perdonas?

Ni le respondí. No le he dado nunca un beso mejor. Parecía que no nos habíamos de separar nunca. ¡Oh aquel abrazo inagotable!...

—¡Qué loco eres! Después de todo, aún no sabes si merezco tu cariño. No has visto aún lo mejor. Mira.

Y abrió un precioso *secretaire*. Una multitud de joyas en una arquilla de cristal de roca, y allá en el fondo ..

—Pero si esto es una fortuna.

—No lo sé—dijo ella, dejando el rollo de billetes en el cajón, y volviendo á cerrar—. Una fortuna dices, puede ser; ¿tú la quieres?

—¿Yo?

—Ni yo tampoco.

En un minuto me lo explicó todo. Un señor millonario y ella... una loca...

—Pero tú no puedes renunciar así á la riqueza. Ni yo he de consentirlo. No volveremos á vernos. Después de todo, ya hemos amado bastante, ya nos hemos amado bastante—(Y al hablar así el corazón me saltaba en el pecho.)

—Bah—me contestó ella riendo—. ¿Y qué remedio queda? Jeannette ha

ido á llevarle la llave y la carta que tú no quisiste echar al correo. Vaya, no pongas esa cara de asombro. La cosa no tiene nada de particular. El chasco de ese buen señor es bien merecido. Con las mujeres no se puede ser millonario.

Su alegría me contagió. Quise, sin embargo, convencerla de que no debía perder así todo un mundo de placeres y comodidades.

—Yo, en cambio, ¿qué puedo ofrecerte?

Y la llamé loca muchas veces. Y acabé por reírme con ella de la cara que pondría el buen señor al encontrarse compuesto y sin novia... Pero una lágrima de ternura se había mezclado á nuestra risa.

—Y ahora, vámonos; tengo ganas de perder esto de vista. Á propósito: he olvidado un ramo de violetas en tu casa. Iremos á recogerlo, ¿quieres? Luego... muy de noche, ¿verdad?..

Y cambiando deliciosamente de tono:

—Pero ahora á comer; debemos tener un gran apetito, porque hemos trabajado bien.

Y se colgó á mi brazo. Salimos. En coche.

—Á casa de Marguery—dije yo al cochero.

—No le haga usted caso. Á nuestro viejo restaurant del *quartier*—y dió las señas al auriga.

Cuando mis compañeros nos vieron llegar juntos, nos hicieron una ovación y chocaron las copas en señal de alegría. Aquella noche hubo *Champagne* para todos.

Ellas rodearon á Ofelia, que les decía señalándome con sus ojos prometedores:

—Acabo de hacer una conquista, ¿sabéis? Una verdadera conquista.

MANUEL MACHADO

LABOREMUS

Laboremus, de Björnson, es una obra bellísima y brillante; un poema que llena enteramente el alma y no se olvida jamás; un libreto de ópera, que acompañado por la música resultaría de un efecto magnífico y grande.

Mas para llevar á la práctica este sueño, necesitaríase un músico de primera fila, que fuese al propio tiempo un hombre superior, capaz de comprender cuantas fases psicológicas presenta la vida y los complicados fenómenos que ésta abarca.

No viendo en *Laboremus* más que un libreto brillante de ópera, al leerlo se experimenta una alegría solemne. Pero si se le considera como drama, compuesto acerca de los hombres y la vida, presentanse á la imaginación algunas objeciones.

En primer lugar, ¿quiere hacernos creer Björnson, en los aparecidos, en que después de muertos, sean capaces los hombres de tomar vestidura carnal y hablarnos y aparecérsenos tal como eran cuando vivos?

La primera vez que leí *Laboremus*, pensé que era la hija, parecidísima á la madre, hasta el extremo de poder engañar en la apreciación, sobre todo en una hora agitada de la noche, la que se había aparecido ante el lecho de Wisby la noche de su boda; con posterioridad me he convencido de que no había sido esa la idea de Björnson. La hija, en la época indicada, estaba en América, de donde no había de volver hasta algunos meses más tarde. Por otra parte, tampoco hubiera podido el poeta poner en boca de la hija, aun no estando ésta en América, las palabras del espectro: «Aquella, cuya hija ves, me ha muerto».

La aparición completa no ha sido tampoco fantasía de la conciencia enferma de Wisby, pues éste no conocía la naturaleza real

de las relaciones de Lydia con su mujer; lo jura ante el doctor Kann, este *deus ex machina* de la obra, y hay que creerle.

Resulta, pues, que Björnson trata de hacernos creer, en estos tiempos, en espectros y resucitados. Y como por sus obras—lo mismo que por la tarea educativa del pueblo en la cual tan noblemente ha venido trabajando durante largos años—, el poder de Björnson sobre los espíritus ha llegado á ser tan grande, con seguridad muchas personas, después de haber leído *Laboremus*, se pondrán á meditar sobre supersticiones antiguas que juzgábamos enterradas para siempre. Y los que se sientan inclinados á creer en apariciones, propondrán con razón al poeta esta pregunta: «Pudiendo como podía venir á su antojo la aparecida, ¿por qué se presentó tan tarde, esto es, cuando la boda estaba consumada?»

Resulta, además, algo difícil de creer que se pueda matar con los ojos, la voluntad y la música.

La enfermedad de la mujer de Wisby, ¿no la tenía ya condenada á morir? La música, de que tanto gustaba, debió, pues, de procurarla, como á muchos otros moribundos, algunas de esas lucideces pasajeras que hacen pensar en una resurrección, siendo anticipos sólo de la muerte.

El drama entero está construido sobre este postulado, y es triste, pues carece de efecto y no convence.

Tal vez Lydia haya deseado en su corazón la muerte de la mujer de Wisby; pero los deseos por sí, ni salvan ni matan. Si esto fuera posible, ¡cuántas casadas y maridos harían diariamente el viaje al otro mundo! No habría cementerios bastantes para ellos.

Suplica Lydia á Langfredo con palabras conmovedoras la eleve hasta él y no la rechace, acabando por decir dolorosamente: «No puedes», y responde Langfredo: «Nadie podría hacerlo». La distancia es demasiado grande. No bastaría una transformación; serían necesarios cientos de miles de ellas y millares de años, para que ella, la ondina, llegara al cielo... Pertenecen él y la ondina á mundos diferentes. Esta es un sueño... y un sueño no llega á la realidad.

Cierto: millares de años pueden separar á los individuos. Millares de años de desarrollo intelectual. Puede perfectamente existir esa distancia entre sus concepciones morales.

Vese esto en los hijos de individuos inferiores, hijos de ladrones y de borrachos criminales. Pero ¿tienen ellos la culpa de haber sido engendrados durante la embriaguez; de haber venido al mundo en la miseria y el vicio; de haber crecido en miserables pocilgas? Muchos de ellos, desde su nacimiento, no han conocido lo que pudiera llamarse un hogar.

¿Puede esperarse de ellos lo que de otros que están en buenas condiciones materiales é intelectuales? ¿Quién sabe si la mujer de Wisby, á quien su hija tenía por «una de las mujeres más nobles de la tierra», no hubiera llegado á ser como Lydia una hija pródiga si hubiera sido educada en las condiciones en que ella lo estuvo? Además, ¿sabemos por ventura si por las venas de Lydia no corría una sangre impura? Quizá Amalia Wisby había tenido la fortuna de que sus abuelos, durante muchas generaciones, estuvieran colocados en el lado hermoso é iluminado de la vida, contrariamente á lo ocurrido á los de Lydia

El mismo Langfredo, un orgulloso, con sus millares de años de distancia, ¿no debía en justicia haberla elevado hasta él según ella deseaba, ocultándola en su casa?

El fructífero y perpetuo desenvolvimiento de la vida depende de que los seres mezclen su sangre, ¿ó deben siempre existir dos reinos, el bien y el mal, el cielo y el infierno, y cuantos no estén de acuerdo con la «ley moral» establecida por los poetas, teólogos y filósofos, deben ser arrojados al infierno, representado por el mar en el símbolo de Björnson?

Dándose, como Langfredo se da, humos de hombre honrado, era para él un deber incontestable no abandonar á Lydia.

Esta ha pecado contra leyes que no conoce.

Ha apartado de su camino, sin miramientos, los obstáculos, porque quería llegar y triunfar. Pero el lector nada ve, ni oye hablar de esto, siendo, á mi juicio, un punto débil del drama.

Porque, mirando excépticamente la fábula del asesinato, no se puede asegurar si las demás historias contadas al pobre Wisby por el doctor han sido inventadas por las malas lenguas, tan activas siempre que, de hacer daño á una mujer joven, bonita y tan espléndidamente dotada como Lydia, se trata.

Resulta violento para el lector consentir que Lydia sea juzgada y rechazada por Langfredo. Ella peca contra leyes que ignora, y él, en cambio, va contra principios que conoce muy bien.

Lydia mata á la mujer de Wisby; Langfredo «mata» el matrimonio de Lydia con Wisby; Langfredo se enamora de Lydia y la desea, y entra sin vacilación en casa de otro para robarle la mujer; tal vez la falta sea á la vez de ella, pero de esto nada sabemos; siempre resulta Langfredo su cómplice en el adulterio.

El matrimonio es la posesión mutua y completa, física y moral.

Fuera de esto, el matrimonio no existe. ¿Resultaría menos culpable en este caso el adulterio por ser soltero el que toma á la mujer casada? Por mi parte no veo en ello diferencia alguna.

Langfredo, que es de los dos el pecador más declarado, recibe

de manos del poeta el derecho moral y la autorización para que sea el juez y el verdugo de Lydia.

Mientras leía *Laboremus*, he pensado mucho en la pobrecilla Nora de *Casa de muñeca*, de Ibsen.

Por último; la terminación del drama no guarda relación con la vida. No se obra de ese modo en el mundo real. El poeta ha construido. Se ha hecho dueño de la vida, en lugar de poner humildemente sus ideas al servicio de ella.

De este final nos llega un aire autoritario de necesidad de instruir, que no resulta edificante.

Cuide Langfredo en la noche de sus bodas con la señorita Borgny, de no ver ante su lecho la ondina muerta y ahogada mirándole dolorosamente y diciéndole: «Tú me mataste: maldito seas».

AMALIA SKRAM

Cristiania, Octubre 1901.



FORMOFOBIA

(De un diario de artista.)

Volvió mi extraña enfermedad, la enfermedad que hace presa, no ya en mi cerebro, sino en mi ser íntegro, cuerpo y espíritu, á la llegada de todas las primaveras. Tú lo sabes. En cuanto un día tibio de Marzo—como el de hoy—abro los ojos á la luz nueva de la estación nueva, á esa luz que parece caer de un cielo recién creado; en cuanto siento bañado el cuerpo por las brisas primaverales, brisas entre frescas y cálidas, que á un tiempo excitan y enervan; cuando por las ventanas penetran á torrentes, á mareas—siempre están mis ventanas de par en par—, aromas que no sé de qué flores se han exhalado, tiños, gorjeos, rapsodias locas escapadas de no sé qué gargantas de pájaro, de pájaro enjaulado, sin duda—en las ciudades todos los pájaros viven en jaulas—, pero de pájaro que á pesar de vivir en prisiones canta con gozo cuando siente llegada la estación de cantar; cuando junto con ellos llegan hasta mí las voces de los niños, que gritan en primavera como no saben gritar nunca más; cuando acierto á ver la primera mariposa, la precoz, la de alas pequeñitas, entre grises y blancas, raquítica y endeble, como escapada por milagro á las crudezas de invierno; cuando siento el zumbido de la sangre que me hierve en el pecho, y me golpetea en las sienes, y baila cosquilleando bajo la piel de mi rostro; cuando me roza el alma el aletazo de estas impresiones de amanecer de estación, agrídulces como las primeras fresas y las primeras guindas, después de una intensísima sensación de alegría—tan intensa que á las primeras palabras que intento pronunciar se me saltan las lágrimas—, parece como si una voz exterior, potente sobre todo poder y suave, sin embargo, más que toda dulzura, me llamase á interminables y completas nupcias con la Na-

turalaleza. Quisiera en medio de ella perderme y aniquilarme; quisiera ver mi cuerpo, como atravesado y dividido por todos aquellos dardos de luz y de armonía, escapar á través del espacio, deshecho en átomos, buscando cada uno su átomo hermano sobre las infinitas flores, los infinitos rayos del sol, las infinitas plumas que están prendidas sobre las alas de las infinitas mariposas que existen en lo infinito de la creación.

Y entonces, anhelando gozar en la libertad plena de su esencia, jamás domada, todas las fuerzas capaces de hacer vibrar una cuerda en este gran salterio á que llamamos cuerpo, en esta inmortal lira á quien decimos alma, doime á aborrecer todo lo que significa prisión para ellas y odio todo aquello en que con nombre de forma, de imagen, de signo, intenta el hombre aprisionar Belleza; y entonces, yo, artista, y sólo artista, adoro el ritmo, y aborrezco el verso; me embelesa el color y la línea, y aborrezco la forma; se me va el alma tras el ruido, y odio las melodías que el hombre llama música; cae mi ser de rodillas ante la Hermosura que le habla de boca á boca; doblegado al yugo de la emoción, á un tiempo llora y ríe, como enamorado que está en su divina esencia... y sin embargo, si poseyese el rayo de Júpiter aniquilaría sin piedad á todo aquél que con palabras intenta cantarla ó con obras traerla á la vida.

Para mí, en esta comunión íntima con la Naturaleza, en el espaciamiento de todos mis átomos en su seno, crear es profanar, sacrilegio el que intenta con sensaciones inefables formar ideas, como sacrilegio sería el amante que cediese por oro los besos de su amada; por sacrilega aborrezco mi obra y por profanador á mí mismo me anatematizo... Por eso, Amada, silencio cuando los cielos cantan; calle tu voz de arcángel, la que repite mis rimas de poeta, hoy que habla la Belleza.

G. MARTÍNEZ SIERRA



La moda y la estética

Paul Adam, el escritor sutil, el refinado artista, el *grand chercheur* de la belleza plástica, se subleva contra la última moda femenina, que viene á reemplazar el vestido ajustado, la *robe collante* en uso hasta ahora, por la falda y el corpiño anchos con perifollos y muselinas flotantes.

Ocultar las formas esculturales, de la Venus parisién detrás de amplia falda; destruir la curva sinuosa del busto y el perfil elegante del brazo entre pliegues y adornos, constituye á sus ojos un crimen de lesa estética.

«Nada más hermoso—dice—que admirar en la mujer las líneas que produce el vestido ajustado, con su cola amplia, flexible, sinuosa. Parece que la sirena avanza marcando su estela en las ondas. Todo lo demás es indigno de la dicha que Dios nos concedió al crear esa custodia de nuestros sueños...» Y añade: «Artistas de la costura, por Dios; no ocultéis la nuca, el busto, el talle, la cadera; no corrompáis la pureza de la línea entre perifollos superfluos!».

Prueba de su exquisito sentimiento artístico nos da este escritor al pedir á las modistas la belleza de la forma, la línea, ese ideal plástico que los escultores griegos observaron hasta en las arropadas figurillas de Tanagra. Pero es casi seguro, ¡*hélas!*, que la súplica será desoída por los grandes maestros de la tijera.

Efectivamente, la moda no es, en realidad, la obra original, la concepción de tal ó cual modista. Tuvo y sigue teniendo por origen la necesidad ó el capricho ajenos. Ayer la dictaban ó inspiraban los reyes, las reinas, los emperadores, las favoritas. María de Médicis impuso á su costurera el empleo de la crinolina para ocultar, con aparentes exterioridades, sus abultadas formas; nuestro Felipe II generalizó aquel traje de la época cuya sobriedad y negrura sintetizaban su genio austero y sombrío; una de las favoritas de Luis XV, la Pompadour, dió su nombre, por haberlas creado, á varias prendas femeninas; y, en fin, Napoleón I, con su exagerado prurito de revivir la época de César y Augusto, inspiró á Leroy, costurero de la Emperatriz, la túnica larga, imitación del peplo romano, que llevaban entonces las damas de las Tullerías.

Hoy día, las musas de la moda, valga la frase, son la actriz de fama y la *demi-mondaine* en candelero. Sarah Bernhardt, Réjane, Mégard, Sorel, esbeltas, flexibles, esculturales, han sido las inspi-

radoras de la *robe collante* que convierte á la mujer en esa *sirena* atrayente y sugestiva de que habla Paul Adam.

Resulta, pues, que está la moda, hoy por hoy, supeditada á cualquier criatura, que sobrepondrá siempre su necesidad ó su capricho á todas las reglas de la estética. Si el modelo quedara aislado; si no creara prosélitos, santo y bueno. Pero lo peor es que esa criatura, autora del *dernier chic*, hace escuela y sirve de patrón universal que adoptarán todas las elegantes con esa obediencia pasiva de la mujer á la moda. «Señor—decía la Du Barry á Luis XV, que quería se suprimiese un adorno en el traje de su favorita—, vos sois el Rey de Francia; pero la moda está por encima de vos: es la reina del Universo.» Todas las mujeres del globo piensan como la Du Barry.

¿Existe modo de combatir el mal gusto, la carencia de belleza en las modas? Sí; conciliando ambas partes, identificando la aspiración de la mujer y la del artista, la moda y la estética. Paul Adam expone una idea admirable para conseguirlo. La fundación de un edificio, que él denomina *Templo de la Belleza*, en donde concurriría un número escogido de mujeres de diferentes países, prototipos de su raza.

«Para cada uno de estos modelos—añade—se crearían trajes adaptados á su carácter ancestral y de este modo las mujeres más hermosas de cada raza servirían de admiración á nuestra inteligencia y significarían la supremacía de sus naciones respectivas, como las estatuas de las diosas antiguas significaron el espíritu de los pueblos en los templos de Fenicia, Egipto, Grecia y Roma.»

Es decir, que *El Templo de la Belleza* sería el Museo universal de la Moda, donde los maestros de indumentaria, las modistas, las elegantes, irían á estudiar y copiar, sobre el figurín vivo, sobre el tipo-modelo, el traje adecuado al cuerpo de la española, de la inglesa, de la alemana ó de la eslava, como se va á los Museos de Pintura á copiar á Rafael, á Velázquez y á los demás maestros.

A los heterodoxos del arte nuevo, insensibles á todo ideal profano, les parecerá pueril y hasta extravagante la idea de Paul Adam. Nosotros, al contrario, la aplaudimos con entusiasmo; pues ya que la moda, trocada en arte, puede y debe ser la manifestación intelectual de un pueblo, justo es que se la someta á la tendencia dominante hoy día, que es la marcha ascendente á todo lo bello. Reunamos, pues, la moda y la estética.

L. DE LAS CUEVAS GARCÍA

París 11 Octubre.

Los críticos de la superficie.

No sé si cada literatura engendra su crítica ó viceversa, ni me importa, además. Lo que sí sé, es que cada literatura *tiene* su crítica, como cada pueblo el gobierno que se merece y cada uno su suerte. No sé tampoco si Núñez de Arce ha tenido sus críticos merecidos; pero sí sé que la literatura anodina, insubstancial y hueca que no pasa de lo superficial de las cosas, ha necesitado de una crítica especial, ó sea la crítica de por encima, la crítica de... la *superficie*.

Nuestros poetas, ocupados en cantar sus pedestres ideas ó en redondear sus metros seguidillescos admitidos por la rutina, no han tenido otra mira, durante mucho tiempo, que la de llenar renglones como han podido y dispararles después contra el prójimo. ¿Que detrás de la armazón de sus odas no había sino vulgaridades? ¿Que detrás de todo el andamiaje de sus poemas no había nada de espíritu, nada de emoción, nada en suma? ¡Bah! ¡La crítica no pegaba por eso! Y ellos, los ritualistas, los aferrados á las reglas, descuidaron el precepto de Ruskin, que aun promulgado como canon arquitectónico, tiene por su grandeza aplicación á todas las artes: «Tened un gran motivo y muchos otros pequeños... Tened un motivo principal y varios otros secundarios y ligadlos después bien». Es decir: «tened algo que no sea serrín en la mollera, y si no guardaos muy bien de molestar al público». ¿Ellos? Ni motivo principal, ni motivos secundarios ni... serrín. Con la argamasa del metro han tenido bastante para unir sus palabras huecas. Y como el constructor que levantara muros innecesarios ó les pusiera ventanas al azar, ó no hiciera puertas en su miserable edificio, hecho por el gusto de amontonar ladrillos con apariencias arquitectónicas, han construído sus esqueletos de poemas con apariencias de creaciones poéticas, como velos detrás de los que no había sino

cosas ilusorias y malas. Ellos, los seudo poetas de la generación que afortunadamente muere, han experimentado el placer de fabricar literatura hierática y rígida amoldada á los preceptos de los que les habían de juzgar. Como buenos viejos han tenido experiencia. La cosa era no ser molestos. La crítica al uso tenía ya sus moldes, sus clisés, sus indignaciones para determinados casos y sus alabanzas para los contrarios... ¿Para qué venir á romper con tan beatífico estado de cosas? Y ¡claro!, siendo ellos tan corteses, sus críticos no habían de serlo menos. De aquí que ante tanta belleza aparente y ante tanto poema vacío no hayan hecho sino lo que debían. Nada de indiscreciones, nada de intentar asomarse adentro. El interior podía estar deshabitado. Y por otra parte era más cómodo contemplar lo puramente externo, el aparecer, el estuque, para después de dos ó tres frases de ritual, liarse con el *fondo* y la *forma* y las categorías del arte y demás lugares comunes de cualquier tratado apolillado de la edad del hueso...

De aquí la íntima convicción que tienen algunos señores de su invulnerabilidad literaria y la seriedad con que han tomado algunas cosas. El medio les ha sido apto. Durante muchos años la poesía, lo mismo que la crítica, *se han ejercido* entre nosotros sin haberse *sentido*, de donde ha resultado el hecho curioso de que los sumos pontífices que han ocupado el trono oficial é inmarcesible del recto juicio literario, no hayan podido convencer á otro público que el del género chico ó chico en grande y á algún que otro opositor á cátedras de retórica. Y no han convencido, como no convencen las cosas incompletas. Verdaderas medias tintas de la opinión, no quisieron asegurar nada, no creyeron por sí mismos en nada... En oposición á ciertas personalidades de nuestra crítica literaria, que son del color de la obra que les atarea, permanecieron siempre consecuentes, sin variar desde el año 50 y sintiendo tal vez nostalgias de Luzón y sus tiempos.

De ellos nos vino en línea recta esa tanda de imbéciles que lo mismo hablan de Taine que de una pieza del género chico, entre las que nacen, viven y se secan, afortunadamente. Unos por exceso y otros por defecto, fueron igualmente superficiales. Los unos con su academicismo y los otros con su ligereza fueron igualmente críticos de la superficie, verdadera representación de esa crítica que juzga de un libro por la portada y de un cuadro por el... marco; que infesta las redacciones; que si trata de poesía, no pasa de contarnos que hay versos mal medidos y contrarios á *sus* modelos y á *su* gusto seguramente depravado; que si os habla de arte barajan cuatro ó cinco nombres y otros tantos conceptos que les vienen muy anchos, para probaros que Velázquez fué el autor de *Las*

Meninas ó que Homero no veía gota...; que nunca pasan en fin del ropaje de las ideas; que ante todo lo que es verdaderamente grande les sucede como á esos músicos de oído perverso que no perciben los tonos menores ni los ritmos que no son bailables... Y estos seres que os hablan con frecuencia del *ripio* en el verso y de las *faltas de sintaxis* en la prosa; esos seres que si dejan de ser críticos y pintan, nada hay que hagan tan bien como una oreja ó un tobillo; y si se dicen escultores, vacian brazos de mozos de cuerda para pegárselos á sus hércules; y si músicos, escriben para Romea, y si literatos hacen versos á compás para los álbums ¡me valga Dios!, son los que juzgan porque son los más...

Ellos son ese personaje á cuyo nombre tiembla el poeta y el pensador. ¡Ellos son *la gente*! ¡La Opinión!

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ



LAS GENTES MEDIAS

Cuando Acebal—que tuvo la atención de dedicar un artículo á un libro mío—publicó el suyo, *Huella de almas*, su trabajo, como ocurre siempre, hubo de despertar simpatías francas y censuras no menos espontáneas. El odio con que los libros, y en general las obras de arte, son acogidos por una parte determinada del público, sólo tiene semejante en el entusiasmo con que son recibidos por otra fracción de él.

Pero si los irritables temperamentos de nuestra gente de letras hubieran penetrado un poco más hondo en el asunto de esa novela, seguramente hubiesen sido menos las censuras, y el propio D. Juan Valera se hubiera ahorrado aquella observación, de su ingenio siempre joven, que ponía en duda la sinceridad de cierto sentimentalismo muy visible en *Huella de almas*.

Un crítico que sólo juzgara por las apariencias, hallaría también gran semejanza entre el asunto y personajes de la novela, y los de cierto escritor francés, que no es precisamente Maupassant, en el que parece se inspiró Acebal al escribir el prólogo; pero como la personalidad de nuestro autor se ve muy marcada en el libro,

el crítico mal intencionado guardaría para sí su ligera apreciación.

El mérito que yo le hallo al libro, es el de haber revelado un mundo especial de sentimientos y personas, que nuestros escritores no habían atacado de frente todavía, aunque incidentalmente sacaran tipos de él.

Nada más fácil, en efecto, para un ingenio educado en la estética presente, que escribir libros de revuelta, vigorosos y enérgicos, ó sombríamente bellos, libros de esos que están haciendo la reputación de un Piechkov (Máximo Gorkij), hoy tan en boga en Rusia; de un Garland en Estados Unidos, de Knut Hansum en las altas tierras brumosas; del simpático poeta Silvio Strahimir Kranjaevic en Croacia, etc., etc.; lo difícil, pensando como ellos, es descender al nivel de nuestra desdichada clase media, y saber interpretar dentro de ella, como Acebal lo ha hecho, ese mundo pequeño, estrecho, apocado, sin posibles, en que la gente vive á expensas de su propia grasa por un milagro continuado de abnegación y sacrificio; un mundo en que todo es mínimo, reducido y artificial, donde á las cosas más insignificantes—por ser las únicas que turban el cotidiano abu-

rrimiento de una vida inútil—se les concede una importancia capital, y donde el sentimentalismo es un recurso, una astucia de la Naturaleza para entretener á las víctimas de un regimen detestable que sin ello acabarían por morir de fastidio y apatía.

Acebal llama á veces, en mi sentir con una gran finura psicológica, *ideitas*, á las ideas de sus personajes; *iglesitas*, á las iglesias que frecuentan, etcétera; no por artificio, sino porque tales figuras, pobres de espíritu y de cuerpo, no pueden tener jamás ideas grandes, y sienten por educación el horror á lo dilatado y espacioso, á la expansión magnífica, alegre y franca de la vida. A Sergio le asusta ir á San Francisco el Grande, porque es una iglesia grande y suntuosa; él prefiere las capillitas, la celda, el ataúd en una palabra.

Así, cuando el buen Soto acompaña con la imaginación al padre de Rafaela en sus paseos más allá de Puerta de Hierro, D. Cayetano le hace fijar la atención en los arboluchos raquíticos, *apocaditos*; en todo lo humilde y pequeño, que es lo único asequible á su espíritu. Cuando el mismo D. Cayetano hablaba, hacíalo, según nos cuenta el autor, por frases estereotipadas, de esas que los hijos repiten por haberselas oído pronunciar á sus padres y éstos á los suyos. Todo en ese mundo nimio—que es una anomalía en nuestro tiempo—está pegado á la tradición; vive en virtud de un impulso inicial ya cesado; sus gentes abultan extraordinariamente lo poco que viven; tienen aspiraciones limitadísimas, cuando las tienen; son pobres y tímidos hasta en sus juegos, y su único ideal es conseguir «el rincón cálido en que acurrucar su vejez, haciendo de la vida una vejez perpetua, grave, se-

rená». No puede darse inmoralidad más terrible en unos tiempos como los nuestros en que el hombre merece vivir, sólo mientras representa una fuerza en tensión aplicable á algo.

Leyendo estos días la prensa argentina, no he podido menos de fijarme en un maravilloso caso de individualidad poderosa: el que ofrece el general Mitre, el Washington de la Argentina, que á los ochenta años de una vida trascendentalísima y accidentada sobre toda ponderación, impuesta por las necesidades políticas, etcétera, conserva una energía, una frescura de espíritu que los jóvenes envidiamos; pronuncia discursos y escribe con la pureza española y originalidad de expresión que para si quisiera el más exigente literato de la escuela nueva, y sigue desarrollando su actividad política sin cansancio ni atenuación. Su figura produce el arrastre, el impulso admirativo de todo lo que es grande.

Exagerando las cosas, sólo cuando se dispone de una voluntad y una máquina parecidas, se tiene derecho real á vivir en la sociedad presente.

Volviendo á nuestro tema, no es extraño, por tanto, que Acebal haga diminutivos; que adjetive de cierto modo; que destile, en una palabra, en su libro, ese sentimentalismo doloroso que sube como un vaho de los harapos y recosidos, de las dificultades y estrechez de la vida, de los cuartos misérrimos aunque limpios, en que perece y sufre la pobre humanidad mediocre, sin deseos ya y sin ideales, rodeada de flores de trapo y de macetas de papel rizado, por entre las cuales pasean su melancólica pereza, gatos displicentes, contraídos, de mirar empañado y movimientos sin gracia.

Acebal copia; refleja con fidelidad

el cuadro que ofrecen los medianos, los tímidos, los inferiores, en quienes una educación de estrechez y retraimiento ha ido matando poco á poco los impulsos audaces, toda tentativa de afirmación de la personalidad, traduciéndose en actos viriles, de expansión y dominio. Un tipo como Sergio, causa espanto; no parece hombre: es una víctima blanda, amorfa ya, muerta para todo; «excedente desde mucho tiempo atrás», desde que tuvo uso de razón. El salvaje y el aristócrata, como el hombre del pueblo, son bellos, arrogantes, viriles; afirman su personalidad á toda hora; hacen lo que quieren, sin reconocer freno ni ley que les gobierne; dan la sensación de la fuerza y del hombre dueño de sí. Sólo el clase media sin base, es raquítico, mezquino, apocado, humilde por fuerza, sin virtud y sin gracia; es una especie odiosa en contraste perpetuo con la ley de la vida.

Nada hay comparable á la tristeza que despiertan los individuos de la familia Bustamante, desnutridos, en continua emoción depresiva, llorando siempre, con jaquecas y enfermedades á todo trapo; encarnan á la pobre humanidad que se descompone en esos niveles medios, sin salvación posible, porque el mal viene de lejos; semejante á una proliferación de los tejidos sociales, desarrollando, faltos de vitalidad, capas de células anormales que se multiplican mucho y niegan, según lo hacen, la vida, en lugar de afirmarla.

El tipo de Refaela es real; es el corriente entre las muchachas de su clase; el que todos hemos visto jugar en el Retiro, en corros, con jóvenes pálidos, sucios, como encogidos y cohibidos por todo; sin aquella libertad de movimientos y belleza de actitudes que

caracterizan á los jóvenes de otras clases. Es la pobre mártir sin deseos, reducida á su piano y á la orquesta de sentimientos que éste despierta en ella; espíritu reflexivo y romántico, «genio ideal y casero», honradísima, económica como su madre; sin otro bagaje de existencia vivida, que unas cuantas emociones tristesimas y algunas pequeñas alegrías inmensamente paladeadas.

Junto á ella y á su madre, Clarita, la nena, la salvajilla libre y suelta, es una nota simpática que alegra el alma; algo que se despegas de aquel cuadro; una protesta viva que la Naturaleza suele llevar á esas familias, para ponerles ante los ojos lo que son y cómo debían de haber sido.

La serie de sacrificios, de amor enfermizo y solicitudes que forman la trama entera de la vida de estos pobres seres, es maravillosa; constituye un apoyo, una ampliación de la base, para poder sostenerse, para no caer ni desfallecer en la vida. Pero tales virtudes no justifican el que las cosas sigan en la misma forma, sin modificación. Sería una inhumanidad pensar de otro modo.

En los pobres de Gokij, se ven personalidad y arranque, iniciativas, momentos de no conformidad; en los mediocres de Acebal, sólo tristeza resignada, humildad dolorosa y, á lo sumo, placidez.

Sergio Soto, el corto, el pobre bibliotecario que considera como un bien del otro mundo comer en familia, está bien estudiado; quizá el autor fantasee alguna vez acerca de él, pero son las menos, y un psicólogo no podría menos de hallarle muy bien definido en el histerismo bonachón, parlero, que le acomete cuando su primera visita á la viuda y huérfanas, tras la timidez y embarazo que expe-

rimenta antes de llamar y la crisis de llanto abortado á la entrada; en el acceso de embriaguez psíquica que le producen las emociones recibidas durante la visita y el aroma de las acacias del jardín; embriaguez de la cual se da perfecta cuenta, pues dice: «estoy con... borrachera»; y luego: «algo sólido... lo sólido... estoy cansado de lo sólido», con la machaconería característica producida por la páralisis de la asociación, viniendo luego aquella serie de incoherencias que le apetece, muy propias de un estado psíquico anormal y que acaba por resolverse en llanto.

Téngase en cuenta que estos temperamentos apenas probados por la vida, son grandes reactivos para todo; una leve impresión, los aromas, etcétera, bastan para emborracharlos, y un choque emocional los paraliza ó saca de quicio, como le ocurre después de ver el retrato de aquella hija de los Príncipes de Módena, muerta sin profesar por no tener *edad suficiente*, y se va repitiendo como un sonámbulo esas dos palabras, las únicas que se fijaron en su cerebro.

Hombre oscilante, sin voluntad, pasa sin transición por los estados emocionales más distintos, semejante á algunos héroes de Balzac y de Mallet, limitados á su pequeño mundo interior, donde nada hay que no sea baladí y penosamente nimio.

Con la ida á Toledo y el alejamiento del pobre ambiente de biblioteca, Sergio, al lado de una muchacha aunque desnutrida, bella, siente ansia ardiente de ser joven, deseos de vivir; la naturaleza, el poderoso instinto, venciendo al fin la penuria de una vida negativa. El tejido social seguirá proliferando, llevando y trayendo,

para lograrlo, al buen bibliotecario que no se da cuenta de tanto, del erotismo al miticismo, de éste al erotismo, inspirándole todo aquel lujo de ternura que llena el capítulo V del libro, y haciéndole creer en disposiciones sobrenaturales de los personajes muertos, para explicar su ansia de vida casera y matrimoñesca. Es todo un poema cómico aquel: «¡Ah, D. Cayetano, D. Cayetano! ya lo ve usted; no pudo ser Rafaela; será Clara.»

Huella de almas deja en el ánimo una impresión de tristeza dolorosísima, de compasión inmensa, por esos individuos que limitan su vida á relacionarse con una sola familia, sin iniciativa ni vigor para cosa alguna; por la vida horrible que arrastra la clase media madrileña, sin base, y la de nuestras poblaciones subalternas, donde los hombres bajos, defectuosos, se encorvan á los veinticinco años y las mujeres son ya una ruina á los veinte; donde se perece sin lucha, sin nobleza, sin ideales, como generaciones de hongos sucios y ramploñes que se suceden sin finalidad ni objeto sobre la corteza á medio podrir de un árbol muerto.

Y acabada la lectura, siente uno la nostalgia del león arrogante que mira al sol de frente y agita altanero su melena, y búscase con los ojos una roca Tarpeya, desde la cual, por humanidad, poder despeñar á los pequeños y empobrecidos, á los defectuosos, á la masa entera de nuestras gentes medias, enfermas, hambrientas, desnutridas, en lamento perpetuo, traídas por una imprevisión criminal á un mundo de dolor, que van enrojeciendo con su sangre.

J. M. LLANAS AGUILANIEDO